



Universidad  
Rey Juan Carlos

Instituto Universitario  
de la Danza "Alicia Alonso"

# monólogos clásicos

## **Pruebas de acceso**

Grado en Artes Visuales y Danza  
(mención Danza-Teatro/ Teatro Físico del Movimiento)

**Instituto Universitario de Danza Alicia Alonso (IUDAA-URJC)**

Campus de Fuenlabrada/ Aulario IV.

Camino del Molino SN 28943, Fuenlabrada Madrid, España.

Tel: +34 914-888-177

Fax: +34 911-309-866

[instituto.danza@hotmail.com](mailto:instituto.danza@hotmail.com)



## La Tempestad

*W. Shakespeare.*

Miranda:

No conozco a nadie de mi sexo, ni recuerdo un rostro de mujer, salvo el mío en el espejo; y que pueda llamar hombres, yo no he visto más que a ti, buen amigo, y a mi padre. Ignoro cuál sea la figura de otras gentes, mas, por mi pureza, joya de mi dote, en el mundo no deseo más compañero que tú; y a ninguno puede dar forma la imaginación que me guste más que tú. Pero hablo demasiado, y no obedezco los preceptos de mi padre. ¿Me quieres? Soy tonta llorando por lo que me alegra. Por mi insignificancia. No me atrevo a ofrecer lo que deseo dar, y menos a tomar lo que perder me mataría. Pero es inútil: cuanto más procura ocultarse, más se ve el bulto.

¡Basta de melindres! ¡Hable por mí la franca y santa inocencia! Si te casas conmigo, soy tu esposa; si no, moriré tu doncella. Puedes negarte a que sea tu compañera, mas, quieras o no, seré tu sierva.

## El Rey Lear

*W. Shakespeare.*

Rey Lear:

¡Aúllad, aúllad, aúllad, hombres de piedra! ¡Si yo tuviera su voz y sus ojos me serviría de ellos hasta derrumbar la bóveda del cielo! ¡Se fue para siempre! Bien sé cuándo es la muerte y cuándo es la vida. Muerta está como la tierra. Traigan un espejo, si su aliento empaña el cristal es que aún vive. Esta pluma se mueve ... ¡Vive! Si así fuera, compensado quedaría cuanto he padecido. Retírate. ¡Mala peste caiga sobre ustedes! ¡Todos asesinos, todos traidores! ¡Yo hubiera podido salvarla; ahora la perdí para siempre! ¡Cordelia, Cordelia, espera un poco! ¿Qué? ... ¿Qué dices? Su voz era melodiosa, afable, apagada, estimable cualidad en la mujer ... Maté al esclavo que la ahorcaba. ¿No es verdad, amigo? Un tiempo fue en que mi tajante cimitarra los hiciera brincar a todos. Ahora soy viejo, y las desdichas me acabaron. ¿Quién eres? Mis ojos ya no ven; más te lo diré pronto.

¡Y ahorcaron a mi pobre loquilla!! ¡No, no vive! ¿Por qué un perro, un caballo, un ratón tienen vida, y tú no? ¡No, no volverás nunca! ... ¡Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca! ... ¿Ven esto? Mírenla, miren su boca, mírenla, mírenla...

(Muere)

## El Sueño de una Noche de Verano.

*W. Shakespeare.*

Titania:

¡Esas son invenciones de los celos! ¡Que jamás, desde los albores de este solsticio de verano, nos vemos en montaña o valle, en bosque o en pradera, junto a la abrupta fuente, en la juncosa margen del arroyo o al borde de la costa marina para bailar nuestros coros al silbido del viento, sin que vengas a turbar nuestros juegos con tus alborotos! Por eso, los aires, llamándonos en vano con su música, han absorbido, como en venganza, las nieblas contagiosas del mar, las cuales, cayendo sobre los campos, han llenado de tanta soberbia a los más humildes ríos, que han rebasado sus riberas. El buey ha jadeado por ellos inútilmente bajo su yugo; el labriego, perdido su sudor, y el verde grano se ha podrido antes de lograr el tierno tallo de su barba. Por eso, la luna, soberana de las ondas, pálida en su furor, humedece tanto los aires, que abundan las enfermedades reumáticas; y, a favor de tan mala temperatura, vemos alteradas las estaciones. La Primavera, el Verano, el fértil Otoño, el crudo Invierno, cambian sus acostumbradas libreas; y el mundo, asombrado de esta producción, no distingue una de otra. Y la progenie misma de estos males proviene de nuestras querellas y disensiones. ¡Nosotros somos sus padres y engendrados!

### **El Sueño de una Noche de Verano.**

*W. Shakespeare.*

Elena:

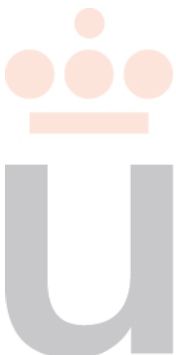
¡Cuánto más felices pueden ser unos que otros! En toda Atenas se me tiene por tan hermosa como ella. Pero, ¿de qué me sirve? Demetrio no piensa así y no quiere saber lo que todos saben. Y así como él se extravía, fascinado por los ojos de Hermia, me ciego yo admirando las cualidades que en él veo. Pero el amor puede transformar en belleza y dignidad cosas bajas y viles, porque no ve con los ojos, sino con la mente, y por eso pinta ciego a Cupido el alado. Ni tiene en su mente el amor señal alguna de discernimiento; como que las alas y la ceguera son signos de imprudente premura. Y por ella se dice que el amor es niño, siendo tan a menudo engañado en la elección. Y como en sus juegos perjuran los muchachos traviesos, así el rapaz amor es perjurado en todas partes; pues antes de ver Demetrio los ojos de Hermia me juró de rodillas que era sólo mío; más apenas sintió el calor de su presencia, deshiciéronse sus juramentos como el grano al sol. Yo le avisaré la fuga de la bella Hermia, y mañana por la noche le acompañaré al bosque para perseguirla; que si por este aviso me queda agradecido, recibiré en ello un alto aprecio, aunque si aspiro a mitigar mi pena, sólo es poder mirarlo a la ida y a la vuelta.

### **El Sueño de una Noche de Verano.**

*W. Shakespeare.*

Puck:

Mi ama está enamorada de un monstruo. Cerca de su recóndito y consagrado retrete, mientras ella pasaba la lánguida hora del sueño, una partida de ganapanes, rudos artesanos que trabajan en las tienduchas de Atenas, se hallaba reunida para ensayar una representación destinada al día de las bodas del gran Teseo. El más insustancial de los imbéciles, que hacía el papel de Píramo, abandonó la escena y se metió en un matorral, y yo, aprovechando esta ocasión, coloqué sobre sus hombros una cabeza de asno. A la sazón, su Tisbe tenía que recibir su respuesta, aquí en mi sainete. Apenas lo vieron sus compañeros, cuando se dieron a huir en todas direcciones como una bandada de gansos silvestres que divisa al cazador agazapado, o como chovas de patas rojizas que se levantan y caen al estampido del fusil y vuelan desatentadas por el cielo. A nuestro impulso, cae el uno y el otro aquí y allá y grita que lo asesinan y clama por auxilio de Atenas. Así debilitados y extraviados sus sentidos por el temor, convertidos casi en cosas inertes, principiaron a sufrir el mal consiguiente. Desgarraban las espigas y zarzas sus vestidos; quién se hizo jirones una manga, quién pierde el sombrero; en todas partes se dejaban algo. Yo los guíé en este frenético terror y deje allí al amoroso Píramo transfigurado, y en ese instante vino a acontecer que despertara Titania y quedara en el acto locamente enamorada de un borrico.





### **Hamlet.**

*W. Shakespeare.*

Gertrudis:

Hay un sauce de ramas inclinadas sobre el arroyo que en el cristal del agua deja ver sus hojas cenicientas. Con ellas hizo allí guirnaldas caprichosas, y con ortigas, y margaritas, y esas largas orquídeas a las que los pastores deslenguados dan un nombre grosero, pero nuestras doncellas llaman dedos de muerto.

Cuando estaba trepando para colgar su corona de hojas en las ramas sesgadas, una, envidiosa, se quebró, cayendo ella y su floral trofeo al llanto de las aguas. Su vestido se desplegó, y pudo así flotar un tiempo, tal como la sirenas, mientras cantaba estrofas de viejos himnos, como quien es ajeno al propio riesgo, o igual que la criatura oriunda de ese elemento líquido. No pasó mucho tiempo sin que sus ropas, cargadas por el agua embebida, arrastraran a la infeliz desde sus cánticos a una muerte de barro.

### **Macbeth.**

*W. Shakespeare.*

Lady Macbeth:

“Salieron a mi encuentro el día de la victoria, y comprobé que su saber supera al de los mortales. Cuando aún ardía en deseos de preguntarles se mudaron en aire hasta desaparecer. Todavía atónito llegaron mensajeros del rey que me saludaron: “Señor de Cawdor”, título igual al que me dieron las hermanas hechiceras, anticipándome el futuro: “¿Salve, futuro rey!”. Te informo de mis ambiciones, querida compañera para que goces de la promesa de tanta grandeza. Tenla dentro de tu corazón y hasta pronto”.

Glamis eres y eres Cawdor, y serás lo que te ha sido prometido. Pero temo tu carácter demasiado embebido de leche materna para elegir el atajo. Quieres ser grande, no te falta ambición, pero te falta la maldad para servirla. Lo que ardiente ansías, lo ansías puro. Vencer con trampa sí, pero sin ser tramposo. Dentro de ti, gran Cawdor, hay algo que grita: “Hazlo”, pero el miedo te lo impide. Ven aquí pronto, para que vierta mi coraje en tus oídos y azote con el brío de mi lengua todo cuanto te aparte del círculo dorado con que los hados y el destino parecen haberte coronado.

¡Espíritus, venid! venid a mí, ¡puesto que presidís los pensamientos de una muerte! Arrancadme mi sexo y llenadme del todo, de pies a la cabeza, ¡con la más espantosa crueldad! ¡Que se dense mi sangre que se bloqueen todas las puertas al remordimiento! ¡Que no vengan a mí contritos sentimientos naturales a perturbar mi propósito cruel, o a poner tregua a su realización! ¡Venid hasta mis pechos de mujer y transformad mi leche en hiel, espíritus de muerte que por doquier estáis -esencias invisibles- al acecho de que la Naturaleza se destruya! ¡Ven, noche espesa, ven y ponte el humo lóbrego de los infiernos para que mi ávido cuchillo no vea sus heridas, ni por el manto de tinieblas pueda el cielo asomarse gritando «¡basta, basta!».

**Como gustéis.**

*W. Shakespeare.*

Rosalinda:

Todo el mundo es un escenario, y todos los hombres y mujeres meros actores: tienen sus salidas y entradas;

y un hombre en su vida interpreta muchos roles, siendo sus actos en siete edades.

Al principio el infante, que llora en brazos de la nodriza.

Luego el quejoso escolar con su cartera

y su brillante cara matutina, arrastrándose

de mala gana a la escuela, con paso de caracol. Después, el amante, suspirando como una fragua con una triste balada

compuesta para la reja de su amada.

Luego soldado, lleno de extrañas bravuconadas, bigotudo como el leopardo,

celoso de su honor, súbito y pronto en la lucha, buscando la efímera reputación

hasta en la boca del cañón. Más tarde, juez de redondo y prominente abdomen

de mirada severa y barba cortada formal, lleno de sesudos dichos y modernas citas: y así desempeña su papel. En la sexta edad cambia al flaco y suelto Pantalón,

calzado de chinelas,

con anteojos en la nariz y el saco al costado, y con juveniles calcetines, bien conservados

flotando en anchos pliegues sobre sus encogidas piernas; y su voz varonil vuelve otra vez al infantil agudo resopla

y silba en su sonido.

La última escena de todas,

que termina esta extraña y nutrida historia

es la segunda infancia, el mero olvido

sin dientes, sin ojos, sin palabras, sin nada.





## **Romeo y Julieta**

*W. Shakespeare.*

Julieta:

Ah Romeo Romeo

¿Por qué eres Romeo?

Niega a tu padre y rechaza tu nombre, o sino jurame tu amor  
y ya nunca seré una Capuleto. Mi único enemigo es tu nombre.

Tú eres tú, aunque seas un Montesco. ¿Qué es «Montesco»?

Ni mano, ni pie, ni brazo, ni cara, ni parte del cuerpo.

¡Ah, ponte otro nombre!

¿Qué tiene un nombre? Lo que llamamos rosa sería tan fragante con cualquier otro nombre.

Si Romeo no se llamase Romeo, conservaría su propia perfección

sin ese nombre. Romeo, quítate el nombre y, a cambio de él, que es parte de ti, ¡tómame entera!

¿Quién eres tú, que te ocultas en la noche e irrumpes en mis pensamientos?

Mis oídos apenas han sorbido cien palabras de tu boca y ya te conozco por la voz.

¿No eres Romeo, y además Montesco? Dime, ¿cómo has llegado hasta aquí y por qué?

Las tapias de este huerto son muy altas

y, siendo quien eres, el lugar será tu muerte si alguno de los míos te descubre.

Si te ven, te matarán.

Por nada del mundo quisiera que te vieses.

¿Quién te dijo dónde podías encontrarme?

La noche me oculta con su velo;

si no, el rubor teñiría mis mejillas por lo que antes me has oído decir.

¡Cuánto me gustaría seguir las reglas, negar lo dicho!

Pero, ¡adiós al fingimiento! ¿Me quieres? Sé que dirás que sí y te creeré.

Si jurases, podrías ser perjuro: dicen que Júpiter se ríe  
de los perjuros de amantes.

¡Ah, gentil Romeo! Si me quieres, dímelo de buena fe.

O, si crees que soy tan fácil, me pondré áspera y rara, y diré «no»  
con tal que me enamores, y no más que por ti.

Mas confía en mí: demostraré ser más fiel que las que saben fingirse distantes. Reconozco que  
habría sido más cauta si tú, a escondidas, no hubieras oído mi confesión de amor.

Así que, perdóname y no juzgues liviandad esta entrega  
que la oscuridad de la noche ha descubierto.

## **Antonio y Cleopatra**

*W. Shakespeare.*

Cleopatra:

Señor, no tomaré aliento ni bebida. Si es preciso diré trivialidades con tal de no dormir. Esta casa  
mortal derribaré quiera o no César. Señor no seré una sierva maniatada en vuestra corte, ni va a  
reñirme el ojo pudoroso de la insulsa Octavia.

¿Que van a alzar me en brazos y mostrarme a la plebe vocinglera de una Roma acusadora?

¡Antes una zanja de Egipto sea mi dulce fosa! ¡Antes desnuda sobre el lodo del nilo y que las mos-  
cas críen sobre mí hasta dar asco! ¡Antes hágase una orca con nuestras altas pirámides y, encade-  
nada, que me cuelguen!

## Otelo

*W. Shakespeare.*

Iago:

¡Execradme si no es cierto! Tres grandes personajes de la ciudad han venido personalmente a pedirle, gorra en mano, que me hiciera su teniente; y a fe de hombre, sé lo que valgo, y no merezco menor puesto. Pero él, cegado en su propio orgullo y terco en sus decisiones, esquiva su demanda con ambages ampulosos, horriblemente henchidos de epítetos de guerra; y, en conclusión, rechaza a mis intercesores; «porque ciertamente (les dice) he elegido ya mi oficial».

¿Y quién es este oficial? Un gran aritmético, a fe mía; un tal Miguel Cassio, un florentino, un mozo a pique de condenarse por una mujer bonita, que nunca ha hecho maniobrar un escuadrón sobre el terreno, ni sabe más de la disposición de una batalla que una hilandera, a no ser la teoría de los libros, que cualquiera de los cónsules togados podría explicar tan diestramente como él. Pura charlatanería y ninguna práctica es toda su ciencia militar! Pero él, señor, ha sido elegido, y yo (de quien sus ojos han visto la prueba en Rodas, Chipre y otros territorios cristianos y paganos) tengo que ir a sotavento y estar al paio por quien no conoce sino el deber y el haber por ese tenedor de libros. Él, en cambio, ese calculador, será en buen hora su teniente; y yo (¡Dios bendiga el título!), alférez de su señoría moruna.

Le sirvo para tomar sobre él mi desquite. No todos podemos ser amos, ni todos los amos estar fielmente servidos. Encontraréis más de uno de esos bribones, obediente y de rodillas flexibles, que, prendado de su obsequiosa esclavitud, emplea su tiempo muy a la manera del burro de su amo, por el forraje no más, y cuando envejece, queda cesante. ¡Azotadme a esos honrados lacayos! Hay otros que, observando escrupulosamente las formas y visajes de la obediencia y ataviando la fisonomía del respeto, guardan sus corazones a su servicio, no dan a sus señores sino la apariencia de su celo, los utilizan para sus negocios, y cuando han forrado sus vestidos, se rinden homenaje a sí propios. Estos camaradas tienen cierta inteligencia, y a semejante categoría confieso pertenecer. Porque, señor, tan verdad como sois Rodrigo, que a ser yo el moro, no quisiera ser Iago. Al servirlo, soy yo quien me sirvo. El cielo me es testigo; no tengo al moro ni respeto ni obediencia; pero se lo aparento así para llegar a mis fines particulares. Porque cuando mis actos exteriores dejen percibir las inclinaciones nativas y la verdadera figura de mi corazón bajo sus demostraciones de deferencia, poco tiempo transcurrirá sin que lleve mi corazón sobre mi manga para darlo a picotear a las cornejas. ¡No soy lo que parezco!

## Otelo

*W. Shakespeare.*

Desdémona:

¡Ay, Iago! ¿Cómo me las arreglaré para ganar de nuevo el corazón de mi esposo? Buen amigo, ve a hallarle, pues por esta luz del cielo, no sé cómo le he perdido. ¡Doblo aquí mis rodillas, y si alguna vez he pecado voluntariamente contra su amor en palabras, obras o pensamientos; si alguna vez mis ojos, mis oídos u otro cualquiera de mis sentidos han experimentado placer ante otra presencia que no la suya; si no le amo aún tiernamente, como siempre le he amado, como siempre le amaré, aun cuando me arrojase en la miseria por el divorcio, que toda esperanza de consuelo me abandone! El desafecto puede hacer mucho; y su desafecto puede poner fin a mi vida, mas no corromper mi amor. No puedo pronunciar la palabra «puta»; ahora que la digo, me produce horror. Y en cuanto a cometer el acto que justifica ese nombre, ni todas las vanidades de la tierra podrían inducirme a él.





## La fierecilla di;omada

*W. Shakespeare.*

Catalina:

¡Ea, ea! Desarruga esa frente colérica y amenazadora y aparta de tus ojos esas aceradas miradas de desdén que hieren a tu señor, a tu rey, a tu amo. Ese aire díscolo empaña tu hermosura lo mismo que las heladas marchitan los prados. Quebrantan asimismo tu buen renombre cual las borrascas arrancan los brotes primaverales ya en flor: lo que no es en modo alguno ni conveniente ni amable.

Una mujer colérica es como un manantial removido cenagoso, feo, turbio, desprovisto de toda belleza. Y mientras está de tal modo, nadie hay, por sediento que se halle, que quiera remojar en él sus labios ni beber una sola gota.

Tu marido es tu señor, tu vida, tu guardián, tu jefe, tu soberano. El que cuida de ti y quien, porque nada te falte, somete su cuerpo a penosos trabajos en tierra o mar; vigilando de noche mientras sopla la tempestad; de día, bajo el frío; mientras que tú, en el hogar, duermes a su calor tranquila y segura. Por todo ello, cuanto te pide como tributo de amor es una cara alegre y sincera obediencia. Lo que es pagar levemente deuda tan grande. El homenaje que el súbdito debe a su príncipe es la sumisión que la mujer debe a su marido. Y cuando es indócil, malhumorada, terca y no obedece cuanto la manda, ¿qué es ella sino una rebelde y traidora a su amado señor?

Vergüenza me da pensar que haya mujeres tan necias como para declarar la guerra a aquellos a los que deberían pedir la paz de rodillas. Pretender la supremacía, cuando su deber es servir, amar y obedecer.

Yo he tenido también, como vosotras, el carácter altanero, el corazón orgulloso y el ánimo áspero. No obstante, bien veo ahora que nuestras lanzas son cañas y nuestras fuerzas briznas de paja.

Abatid, pues, vuestra altanería, que para nada sirve, y poned vuestras manos a los pies de vuestros maridos en signo de obediencia. Si el mío lo manda, la mía esta pronta.

## Ricardo III

*W. Shakespeare.*

Gloucester:

Ahora el invierno de nuestro descontento se vuelve verano con este sol de York; y todas las nubes que se encapotaban sobre nuestra casa están sepultadas en el hondo seno del océano. Ahora nuestras frentes están ceñidas por guirnaldas victoriosas; nuestras melladas armas, colgadas e trofeos; nuestras amenazadoras llamadas al arma se han cambiado en alegres reuniones, nuestras temibles músicas de marcha, en danzas deliciosas. La guerra de hosco ceño ha alisado su arrugada frente; y ahora, en vez de cabalgar corceles armados para amedrentar las almas de los miedosos adversarios, hace ágiles cabriolas en el cuarto de una dama a la lasciva invitación de un laúd. Pero yo, que no estoy formado de bromas juguetonas, ni hecho para cortejar a un amoroso espejo; yo, que estoy toscamente acuñado, y carezco de la majestad del amor para pavonarme ante una lasciva ninfa contoneante; yo, que estoy privado de la hermosa proporción, despojado con trampas de la buena presencia por la Naturaleza alevosa; deforme inacabado, enviado antes de tiempo a este mundo que alienta; escasamente hecho a medias, y aun eso, tan tullido y desfigurado que los perros me ladran cuando me paro ante ellos; yo, entonces, en este tiempo de paz, débil y aflautado, no tengo placer con que matar el tiempo, si no es observar mi sombra al sol y entonar variaciones sobre mi propia deformidad. Y por tanto, puesto que no puedo mostrarme amador, para entretenerme en estos días bien hablados, estoy decidido a mostrarme un canalla, y a odiar los ociosos placeres de estos días. He tendido conspiraciones, insinuaciones peligrosas, con ebrias profecías, libelos y sueños, para hacer que mi hermano Clarence y el Rey se tengan un odio mortal el uno al otro: y si el rey Eduardo es tan leal y justo como yo soy sutil, falso y traidor, a estas horas Clarence está estrechamente enjaulado por una profesía que dice que G. será el asesino de los herederos de Eduardo.

¡Sumergíos, pensamientos, en mi alma!

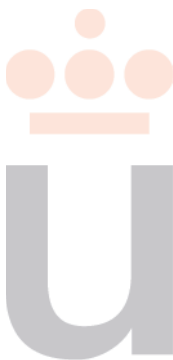


## **El Mercader de Venecia**

*W. Shakespeare.*

Sylock:

Me servirá de cebo en la caña de pescar. Me servirá para satisfacer mis odios. Me ha arruinado. Por él he perdido medio millon: él se ha reido de mis ganancias y de mis pérdidas: ha afrentado mi raza y linaje, ha dado calor á mis enemigos y ha desalentado á mis amigos. Y todo ¿por qué? Por que soy judío. ¿Y el judío no tiene ojos, no tiene manos ni órganos ni alma, ni sentidos ni pasiones? ¿No se alimenta de los mismos manjares, no recibe las mismas heridas, no padece las mismas enfermedades y se cura con iguales medicinas, no tiene calor en verano y frio en invierno, lo mismo que el cristiano? Si le pican ¿no sangra? ¿No se rie si le hacen cosquillas? ¿No se muere si le envenenan? Si le ofenden, ¿no trata de vengarse? Si en todo lo demas somos tan semejantes ¿por qué no hemos de parecernos en esto? Si un judío ofende á un cristiano ¿no se venga éste, á pesar de su cristiana caridad? Y si un cristiano á un judío, ¿qué enseña al judío la humildad cristiana? A vengarse. Yo os imitaré en todo lo malo, y para poco he de ser, si no supero á mis maestros.





## **Antígona**

*Itziar Pascual.*

Antígona:

¡Mamá! ¡Mamá! Polínicos y Eteocles están discutiendo. Pero Antígona no me deja decírtelo. Dice que soy una chivata asquerosa. Antígona dice que papá le tiene manía a Polínicos. Que le castiga por todo. Que nunca ve cómo Eteocles le pega. Le araña. Le muerde. Hoy le ha mordido en el brazo, mamá. Eteocles le ha mordido en el brazo a Polínicos, mamá. Le ha dejado una herida muy profunda, muy profunda. Una herida que le ha llegado al tuétano del hueso, al tuétano de todo. Pero es una herida invisible, una herida de las que duelen, pero no se ven. Porque nunca se ve el origen de las cosas. Porque el origen de las cosas siempre está hace mucho tiempo, hace demasiado tiempo, en los gestos pequeños e imposibles. ¿Por qué me odias?, ¿Por qué me llamas pendenciero?, le ha dicho Polínicos a Eteocles. ¿Por qué no puedes dejarme en paz? Yo solo quiero estar donde estoy, y respirar, y vivir y mirar el cielo y no ver buitres sobre mi nuca... Y Eteocles le ha dicho que quiere que las cosas sean suyas, que está cansado de compartir. Dice que lo quiere todo para él, porque todo debe ser suyo.

¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué les vas a decir a Eteocles y Polínicos? ¿Qué le vas a decir a Papá? Papá ha dicho que un día, un día, su boca va a ir más allá de sus deseos, y la rabia, la ira, el enfado van a dejar que mane una maldición. ¿Una maldición? Papá no habla en serio, ¿verdad? Mamá, ¿tú crees en la maldición? ¿Tú crees que un padre puede maldecir a un hijo? Antígona dice que soy una chivata asquerosa, que no va a decirme nunca más un secreto porque al final, no puedo callarme las cosas, y te las cuento. Tienes que hablar con ellos, tienes que poner justicia. Tienes que hablar con papá y pedirle que se calme. Mamá, Papá siempre cree que la culpa de todo es de Polínicos. Le he escuchado a Polínicos llorar de noche y decir que un día se va a ir, que está harto de tanta injusticia, porque él solo quiere ser querido, solo quiere que le quieran, como si fuera hijo único. Mamá, mamá, ¿Por qué Eteocles es el favorito? Tú dices que a todos los hijos se les quiere por igual, pero yo sé que en secreto las caricias son distintas... (Llorando) ¿Mamá? ¿Mamá? ¿Estás ahí? ¿Por qué te escondes? ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué no haces nada? ¿No vas a hacer nada?

**Don Juan.**

*José Zorrilla.:*

Doña Inés:

Callad, por Dios, ¡oh don Juan!,  
que no podré resistir  
mucho tiempo sin morir  
tan nunca sentido afán.

¡Ah! Callad, por compasión,  
que oyéndoos me parece  
que mi cerebro enloquece  
y se arde mi corazón.

¡Ah! Me habéis dado a beber  
un filtro infernal sin duda,  
que a rendiros os ayuda  
la virtud de la mujer.

Tal vez poseéis, don Juan,  
un misterioso amuleto,  
que a vos me atrae en secreto  
como irresistible imán.

Tal vez Satán puso en vos  
su vista fascinadora,  
su palabra seductora  
y el amor que negó a Dios.

¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,  
sino caer en vuestros brazos,  
si el corazón en pedazos  
me vais robando de aquí?

No, don Juan; en poder mío  
resistirte no está ya;  
yo voy a ti, como va  
sorbido al mar ese río.

Tu presencia me enajena,  
tus palabras me alucinan,  
y tus ojos me fascinan,  
y tu aliento me envenena.

¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo imploro  
de tu hidalga compasión:  
o arráncame el corazón,  
o ámame, porque te adoro.

